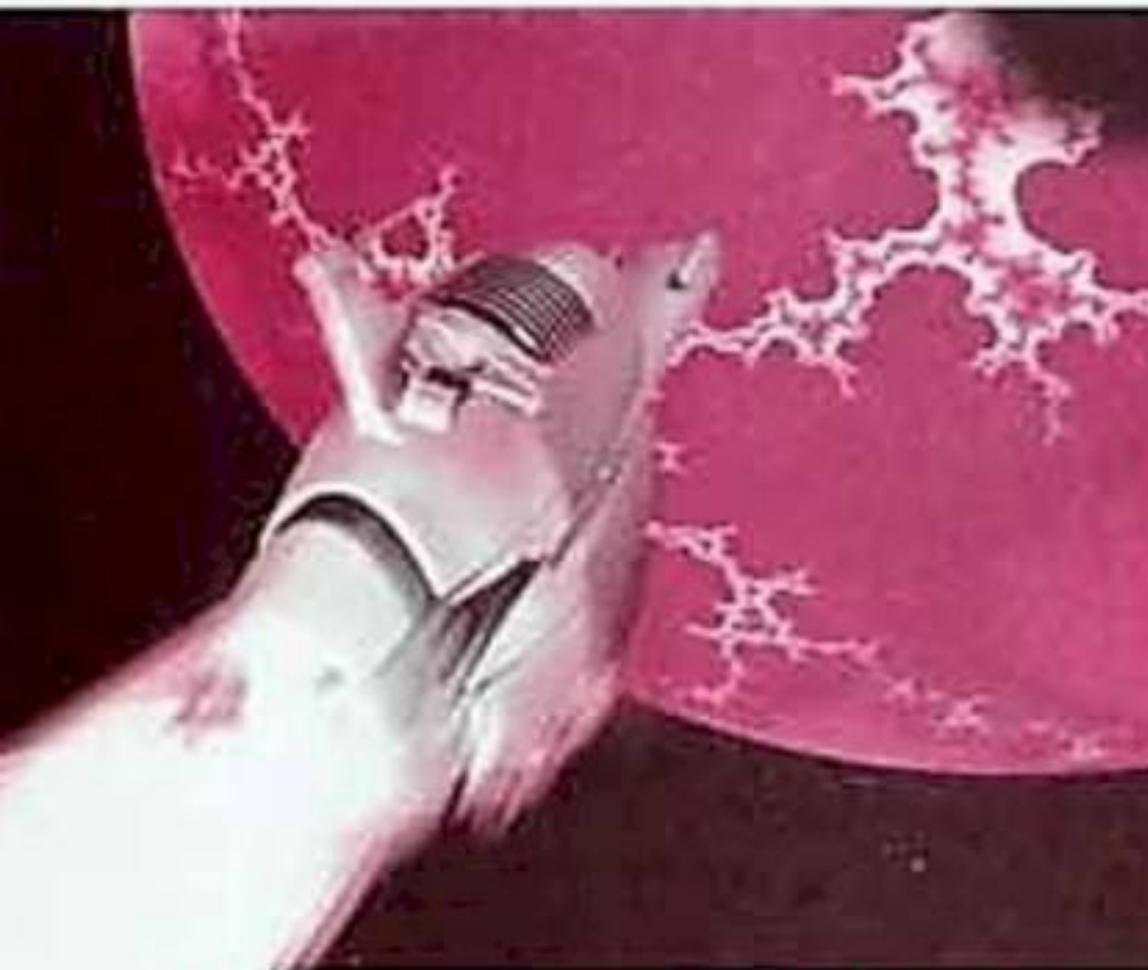


EN UN VACÍO INSONDABLE

JUAN MIGUEL AGUILERA Y JAVIER REDAL



La esperada continuación de
Mundos en el abismo e
Hijos de la eternidad

Cuando un disco de dos mil trescientos cincuenta kilómetros de diámetro compuesto de materia degenerada penetra en Akasa-Puspa, todos saben que sólo puede traer problemas. Un científico del Utsarpini, un mercenario ksatrya y todo un clan angriff deben viajar, a bordo de la más avanzada nave del imperio, al confín de los tiempos para intentar descubrir quién o qué amenaza la misma existencia de Akasa-Puspa.

La saga del cúmulo globular Akasa-Puspa, que comenzó en «Mundos en el abismo», continúa en otra épica aventura.

Javier Redal y Juan Miguel Aguilera son dos autores al nivel de Niven y Clarke.

Dedicado a Ernesto Suárez,
Pedro Jorge Romero, y todos los
amigos de la Calle de la Costa,
por su osadía al publicar nuestro
único trabajo inédito.

«Desgarrada con estrépito terrible
La Eternidad se abrió en ancho cauce,
Y sus partes montañosas en todos sus costados
Huían, huían, siempre huían,
Dejando ruinosos fragmentos de ruina
Suspendidos, acantilados amenazantes, en
medio
Del océano de un vacío insondable».

WILLIAM BLAKE
«El Primer Libro de Urizen»

PRÓLOGO

La pantalla semejaba una exhibición de rubíes esparcidos sobre terciopelo negro. Un sin fin de estrellas rojas, anaranjadas y amarillas, ocupaban la mayor parte de su superficie. Diez millones de soles amontonados en un cúmulo globular de apenas ciento cincuenta años-luz de diámetro.

La pantalla era un artefacto de aspecto barroco y macizo. El marco, de color del bronce y en forma de octágono apaisado, estaba adornado por un diseño de triángulos y cuadrados blancos, rojos y negros. En los lados, dos columnas votivas talladas con extraños rostros: hocicos puntiagudos como picos, ojos bulbosos esféricos de pupila ranurada, cuellos largos y serpentinos que se enroscaban en las columnas, cuerpos ovoideos provistos de brazos con largas garras, unas negras membranas como alas al dorso, largas patas traseras flexionadas para saltar.

La sala de mando tenía forma de disco. En la pared relucían otras pantallas de menor tamaño, luces indicadoras, displays digitales. Los tripulantes que se ocupaban ante los mandos eran criaturas semejantes a los retratos honoríficos que bordeaban la pantalla: cuellos largos, garras, patas saltadoras...

Una de las criaturas, la que se acomodaba en el sillón situado en el centro de la sala, habló. Su voz era semejante a un chirrido multiarticulado.

—¿Qué dicen los instrumentos, *Vástago**Tres?

—Las lecturas son muy extrañas, *Primo***Cruzado***Ocho* —respondió el tripulante, que era hijo de una hermana de *Tres*, cuyo hermano era padre del mismo—. El objeto no se parece a nada que hayamos encontrado antes.

—¿Me das imagen?

La pantalla fundió en negro y apareció una nueva vista. No muy impresionante, sólo un pequeño disco iluminado por la luz de una gigante roja.

—¿Qué hay de los rasgos superficiales?

—No se ve gran cosa. La resolución...

—Inténtalo.

La imagen creció en la pantalla; el Artefacto desconocido casi la llenaba, pero se veía con demasiado grano.

—Posee una gran masa —dijo *Seis* leyendo los datos de los sensores—, diez elevado a doce toneladas... millón más, millón menos. Como la de un asteroide voluminoso. Su trayectoria lo hará colisionar con la estrella roja en diez miriadiclos. Su velocidad es un centésimo de la de la luz... no necesito recordarte la energía cinética que eso representa.

—¿Diámetro estimado?

—Es... espera un momento... dos mil trescientos cincuenta kilómetros, con un error de veintisiete en más o en menos.

—¡Por la *Sagrada***Pirámide!* —exclamó *Ocho*.

—Pero ¿qué es? —preguntó otra de las criaturas.

—Un disco —aseguró *Tres*.

—¿Qué?

—Un disco. Lo estamos mirando de frente; procediendo de la *Gran Galaxia* en nuestra dirección, es la única forma en que podemos verlo.

Ocho permaneció pensativo unos momentos.

—¿Tienes alguna forma de probarlo?

—La señal del radar. Los bordes de ese objeto no están más lejos que el centro.

—De acuerdo —concedió *Ocho*—. Pero eso es inquietante. Si toda esa masa está concentrada en un disco plano... ¿qué densidad tiene?

—Estimable en miles de veces la del agua. Materia degenerada, como la de una estrella de neutrones.

—¡Por los *Colmillos de Dios*! —exclamó otra de las criaturas, trazando círculos en el aire con su largo cuello—. Esto quiere decir que es algo mucho más peligroso de lo que pensábamos.

Ocho gruñó, abriendo su pico córneo y mostrando sus dobles regletas a sus camaradas, en un gesto habitualmente agresivo. No le gustaba el nerviosismo que prendía en su *camada*.

—De todos modos —dijo—, eso les da más inercia. No pueden cambiar de rumbo ni de velocidad con tanta rapidez como nosotros. Pero lo fundamental es esto: ¿existe la posibilidad de que se trate de un arma humana?

Se elevó un murmullo de incredulidad.

—Si esas bestias tuvieran capacidad de mover masas tan enormes —contestó *Tres*—, no se habrían dejado conquistar tan fácilmente.

—Con lo cual quedamos como al principio —meditó *Niebla Ocho*—. Pero de todos modos, es una amenaza potencial. Un objeto muy masivo y veloz representa energía. Y la energía siempre puede usarse para fines bélicos... Si estáis de acuerdo en ello, solicito un voto de confianza. ¿Sigo siendo vuestro *Prevaleciente*?

Los cazadores asintieron.

—Yo, *Niebla Ocho* —recitó formalmente—, *Prevaleciente de la Camada de los Merodeadores Nocturnos*, del *Clan de Espolón de Acero*, de la *Tribu de la Montaña del Juicio*, declaro estado de alerta y asumo el mando absoluto de la esta nave, la *Forzadora Irrebatible*.

* * *

Estando todos de acuerdo (las camadas angriffs eran escrupulosamente democráticas en esos asuntos) Ocho conectó la alarma de aceleración, y la nave saltó hacia adelante con sus finos sentidos dispuestos para el combate. Los cazadores se retreparon en sus asientos, amoldándose a la gravedad creciente, y los herbívoros gimieron mientras sus gordos cuerpos, menos adaptables a las aceleraciones que los de sus parientes carnívoros, eran torturados por los Gs.

La nave enfiló hacia el objetivo, empujada con toda la potencia de sus motores de fusión.

* * *

La masa estelar se concentraba en el extremo izquierdo del campo de visión, haciéndose más y más rarificada hacia la derecha. Allí desaparecían casi de repente, dejando el negro espacio intergaláctico, en el que sólo relucían la lejana *Gran Galaxia* y una solitaria estrella roja.

Era una obesa y apacible gigante roja, en el mismo borde del Cúmulo; enorme pero poco más densa que el interior de una bombilla.

El Artefacto caía hacia ella; dada su enorme velocidad, el encuentro apenas duraría unas horas.

El primer indicio de lo que iba a suceder ocurrió cuando el Artefacto estaba a treinta millones de kilómetros del sol rojo. Un abultamiento apareció en su ecuador, justo bajo el recién llegado. Otro abultamiento empezó a formarse en el extremo diametralmente opuesto. El pequeño pero intenso campo de gravedad del Artefacto creaba una marea en la tenue fotosfera de la enorme estrella.

Lentamente, un par de tentáculos rojos se extendían desde el sol. Parecía una tosca criatura marina tratando de pescar dos presas al mismo tiempo. Entonces, el tentáculo que estaba bajo el Artefacto lo alcanzó.

Los gases exteriores de la estrella empezaron a caer en espiral dentro del lóbulo de Roche del cuerpo, calentándose-

se millones de grados conforme las espiras de gas rozaban unas contra otras. El disco de acreción formado empezó a radiar en la banda de los rayos X. Los gases atrapados por el cuerpo entregaban su energía al caer en el pequeño pero profundo pozo de gravedad.

Aquel diminuto torbellino de radiación, como un ricito en la corona del sol gigante, relució por unos momentos más brillante que mil soles, eclipsando al gigante rojo... y empezó a separarse de él. Un penacho de gas en forma de S se extendió por el espacio intermedio, mientras que otro jirón más pequeño se alzaba en el extremo opuesto. Mientras ambos chorros de materia se dispersaban en el vacío, la estrella tomaba un aspecto casi cómico: un gigantesco aparato de riego por aspersión...

* * *

Los angriffs contemplaron durante horas aquel increíble acontecimiento celeste.

—¡Ese Artefacto se está comiendo la estrella! —exclamó *Ocho*. Dobló el cuello hasta casi tocar el suelo. Sus compañeros quedaron impresionados; aquella escena era capaz de paralizarle a uno los corazones.

Pero *Ocho* se rehizo y pidió de inmediato un informe. Sus hermanos se pusieron a la tarea, y tras minuciosas observaciones, *Tres* anunció:

—El Artefacto ha decelerado, hermanos. Ha emitido, de hecho sigue emitiendo, enormes cantidades de radiación hacia delante.

—¿Cuál será su distancia mínima a nosotros? —exigió *Ocho*.

—Aproximadamente —dijo *Tres*, consultando un gráfico de ordenador— un millón de kilómetros.

Ocho se lamió la fila interna de dientes. *El cazador cobarde come carroña*, citó el viejo proverbio.

—Estableced una trayectoria —ordenó *Ocho*— que nos haga cruzarnos con el Artefacto a una distancia entre tres y cuatro millones de kilómetros. El encuentro durará poco; pero, cuando llegue la máxima aproximación, quiero todos los *sentidos* enfocando al Artefacto y registrándolo todo. ¿Comprendido?

No hubo dudas ni vacilaciones. Prepararon los instrumentos y programaron al ordenador para que transmitiera todo lo que se pudiera conseguir.

Treinta ciclos más tarde, los primeros datos cruzaban el vacío en un denso haz más cargado de gigabits.

Dieciocho ciclos más tarde, el haz se cortó.

UNO

*Corva*de*Fuego* se sentía satisfecho de sí mismo. Todo había marchado de acuerdo con los planes prefijados, y ahora sus membranas olfateaban el exquisito aroma de la victoria.

El cielo del sojuzgado mundo estaba surcado por las incesantes estelas de los vehículos de aterrizaje. Junto a él pasaron varias compañías de infantes, medio saltando sobre sus zancudas patas a paso de ataque; y sobre su cabeza, cruzaron zumbando varios autogiros en vuelo rasante.

—Un magnífico espectáculo, Micazador —chirrió respetuosamente su *cognitor* herbívoro.

—Sí que lo es —respondió *Corva*de*Fuego*, dirigiendo su vista al cielo.

Visible aun a pleno día, el colosal disco del *Mundo Gigante* cubría un tercio del cielo visible, como una colosal montaña decorada a bandas coloreadas paralelas; la pauta casi artificial sólo estaba rota por los débiles remolinos en sus bordes. Una sombra oscura y estrecha lo dividía: era la sombra del anillo de rocas, hielo y detritos que rodeaba al *Mundo Gigante*.

El lado opuesto del firmamento presentaba otro aspecto no menos imponente. El anillo lo cortaba como una enorme cuchilla, para cruzar sobre el cenit y descender tras el bulto del *Mundo Gigante*.

—Será bueno para la caza nocturna, Micazador —añadió su ayudante. *Corva* no había pensado en ello. Demasia-

das preocupaciones. Fue a responder, pero un silbido rugiente hirió sus membranas auditivas.

Con gracia pesada, un transbordador se posó en la pista de aterrizaje provisional de tierra compactada. Su bodega se abrió al instante, pero su carga no era de guerreros: eran herbívoros. Estúpidos, aullantes, fatigados y asustados por la extrañas experiencias sufridas en su vuelo espacial. Corva observó que muchas de aquellas criaturas estaban embarazadas. Es una buena señal, pensó; pronto dispondremos de más víveres y más guerreros.

—Las tropas no tardarán en completar la conquista —añadió el *cognitor* con optimismo.

Corva gruñó suavemente. Aquello era simplificar las cosas. ¡Había tanto por organizar! Girando su largo y flexible cuello ciento ochenta grados, observó disgustado las moles absurdamente grandes de los edificios humanos, algunos de ellos aún humeantes.

—Es abominable —señaló con el espolón de su mano izquierda—. ¿Por qué los humanos se obstinan en hacinarse sobre asfalto o cemento, hasta tocarse con los brazos, o enjaularse en estos laberintos? Yo no resistiría mucho tiempo.

—Ni Micazador ni nadie —se mostró de acuerdo el herbívoro—. La psicología alienígena...

E hizo un gesto de impotencia. Corva siguió mirando los edificios, con fascinada repugnancia.

Los edificios estaban elaboradamente ornamentados; ni uno solo de ellos carecía de una cúpula, torre o minarete. Incluso los edificios más viejos y hediondos habían conocido tales estructuras, aunque muchos de ellos estuviesen mugrientos y (las membranas del carnívoro temblaron de asco) malolientes. Quizás para los humanos tales estructuras tuviesen un significado, pensó, pero no para nosotros.

—Llama a los zapadores —ordenó—. Que reduzcan a gravilla toda esa ruina. Encárgate en persona de que se haga como digo.

—Sí, Micazador.

El *cognitor* hizo una anotación en su tablilla de órdenes, saludó formalmente al carnívoro, y corrió a cumplir sus órdenes.

En su lugar se plantaría fresca hierba forrajera para los herbívoros, pensó *Corva* mirando soñadoramente a su alrededor, así como árboles de bosque. Sí, aquel mundo se convertiría en un edén.

Espléndidos jardines de caza, criaderos... aquel pensamiento tan agradable le llevó a la zona donde habían sido agrupados los humanos capturados.

Estaban encerrados tras una cerca cuadrada de red metálica, de tres metros de alto. Los contempló en silencio.

Nadie, ni el mejor cazador —pensó—, daría un mísero dnagg por ellos si sólo juzgara por las apariencias.

Apretujados tras la alambrada, sollozantes o vociferantes, las hembras apretando a sus crías, los machos de piel pálida, húmeda y sebosa, de músculos flácidos como manteca. Nadie podía sospechar que fueran tan buenas presas.

Y, sin embargo, por las Colmillos de Dios, ¡qué cotas de refinamiento y placer se alcanzan en su caza!

Los humanos tenían una ventaja que compensaba ampliamente su incapacidad física: inteligencia. Cazar, con ellos como presa, era una emocionante aventura donde los propios cazadores corrían el riesgo de ser cazados, y luego... la lengua trífida del carnívoro lamió su pico. A pesar del aspecto repulsivo de los humanos, su carne tenía un sabor deliciosamente exótico.

Olfateando estos recuerdos, *Corva* dirigió hacia ellos la mirada de sus ojos esféricos, de pupila ranurada.

Algunos humanos gemían; otros se sentaban silenciosos, con la mirada perdida. Otros se lanzaban enfurecidos contra la cerca... casi como si fueran del Pueblo, pensó. Tan distintos y tan semejantes a nosotros. A la vez carnívoros y herbívoros, cazadores y presas. Aquella era su debilidad.

¿O quizás era su fuerza? Agitó su serpentino cuello con una vigorosa ondulación. ¿Quién comprendería a los humanos? El no, desde luego. Ni tampoco le preocupaba. Después de todo, el destino de aquellas criaturas estaba marcado inexorablemente, como la huella en la arena que guía al cazador y delata a la presa.

* * *

Al igual que él no pocos de los infantes, y aun sus prevalecientes, se distraían en sus tareas contemplando el espacio cercado.

Pero había que concentrarse en el trabajo. Aún quedaban muchos asuntos que resolver antes de abandonarse nuevamente al placer de la cacería.

Volvió la espalda a la cerca y caminó a grandes zancadas hacia una gran choza cercana. Un herbívoro con las insignias de capataz le salió al paso, arrastrando humildemente su mandíbula por el polvo.

—Os esperaba impaciente, Micazador —gimoteó.

En la entrada de la choza, dos guardias angriffs, carnívoros, adoptaban una postura de sumisión.

* * *

La tortura es algo indigno, tanto para el que la sufre como para el que la aplica, pensó *Corva*de*Fuego*. Priva a la muerte de su dignidad. Pero con los humanos era imposible entenderse de otra manera.

El Dominante penetró en la típica edificación de su pueblo: una destartalada choza de paja y cañas de techo abovedado. En el centro ardía una fogata, rodeada de un círculo de piedras; de ella se elevaba una columna de humo que escapaba por el agujero central de la bóveda.

La hoguera iluminaba la figura de un humano atado a un marco de madera, del que colgaba cabeza abajo con los brazos en cruz.

Cerca de él, varios angriffs herbívoros trabajaban junto a una compleja máquina que el herbívoro capataz describió como un tomógrafo axial. Un manojo de gruesos cables la conectaba, a través de una abertura del muro, con el generador eléctrico.

Los herbívoros se volvieron hacia el Dominante al percibir su olor. Abandonaron su trabajo y adoptaron la postura sumisa, doblando sus cuellos de serpiente hasta tocar el suelo.

—¿Qué habéis averiguado? —chirrió Corva.

—Bastantes cosas, ¡oh Cazador! —mugió débilmente el capataz—. Ya tenemos una idea clara del funcionamiento interno de los humanos.

—Me alegro —dijo Corva—. Empezaba a temer que nos veríamos escasos de prisioneros. Vuestros torpes intentos han sido un derroche inútil. ¿Y bien? ¿Habéis obtenido la información que os pedí?

—Todavía no, ¡oh Cazador!... es... complicado.

—¿Habéis interrogado a Israel Lenin?

—No, Micazador.

—¿Por qué?

El tono de Corva era tranquilo, pero los herbívoros se estremecieron.

—Tememos perderlo... Su... rrr... la fisiología humana es muy extraña —tartamudeó el capataz—. Ahora estamos en condiciones de comprender por qué perdimos a los primeros. Operaciones como el desprendimiento del epitelio exterior causa una hiperestimulación del sistema nervioso, lo que provoca un cierre de consciencia.

»La incineración de dicho epitelio, por otro lado, causa también la muerte. Estas criaturas eliminan continuamente agua por su piel, en forma de vapor o líquida, y la operación lo impide.

—Expulsar agua por la piel... ¡qué repugnante! —observó el carnívoro.